

ALFONSO REYES Y SUS LITERATURAS

En estos días se han conmemorado en México y en otros lugares de Hispano América los cincuenta años de ejercicio literario incansable de Alfonso Reyes, el gran humanista mexicano y maestro de las letras continentales. Los primeros escritos de Alfonso Reyes están fechados en 1905, cuando era apenas un adolescente de dieciséis años. "El Papel" se suma gozoso a las múltiples manifestaciones de simpatía que el eminente ensayista, colaborador y amigo dilecto de nuestro suplemento, ha recibido en este aniversario. El ensayo de Raimundo Lida que publicamos en esta página alude al perenne valor de la obra de Alfonso Reyes.

Hispanoamérica se ha mostrado curiosa de literaturas extranjeras desde mucho antes de su emancipación política. El Inca traduce al español los Dialoghi d'amore. En la corte virreinal de México, sor Juana sabrá de autores como Athanasius Kircher, y Carlos de Sigüenza y Góngora seguirá estudiosamente la huella del pensamiento cartesiano. Lecturas extranjeras, de Racine a Voltaire y Regnard, de Milton a Rousseau, de Pope a Alfieri y Bürger, acompañan el tumulto de los debates y guerras con que, entre los siglos XVIII y XIX, estos pueblos de América alcanzan cierto grado de madurez, conquistan al fin su independencia y hasta logran, en muchos casos, organizarse en lo interior con alguna estabilidad. Tampoco en la elección de sus modelos literarios se contentan entonces con seguir a remolque de España, y pronto se le adelantan en la exploración y asimilación de temas y formas extranjeras. Aún espíritus de educación y gustos sólidamente clasicistas admiten, escogiendo a los nuevos escritores de Inglaterra y Francia. Románticos, realistas, naturalistas, parnasianos y simbolistas encuentran en América muchedumbre de imitadores, algunos de ellos originalísimos en la imitación, y algunos pasmosamente, microscópicamente informados de lo que en Francia se escribe y se dice: ciertos giros y alusiones parisienses del mejicano Gutiérrez Nájera dejan perplejo hasta al parisiense culto de hoy. Juan Montalvo exalta los *Ensayos* de Mon-

taigne, "cadena de oro sin eslabones, cadena larga y resonante de la cual están sacando joyas los beneficiarios del espíritu, sin que se gaste jamás", José Martí canta a Emerson, a Whitman, a Longfellow, a Whittier; Rubén Darío a Poe, Verlaine, Villiers de l'Isle Adam, Bloy, para no citar sino unas pocas figuras de *Los raros*, su galería de poetas malditos o exquisitos. La comunicación pronta y ávida con las más diversas literaturas, el sentirse cómodos en ellas y el abrirse a su influjo, será ya normalidad en muchos de nuestros escritores contemporáneos. Dos de los más sobresalientes, desde los extremos de la América hispánica, el mejicano Alfonso Reyes y el argentino Jorge Luis Borges, han razonado —y con las mejores razones, incluídas las del corazón— su cosmopolitismo literario. ¿Cuál es nuestra tradición?, se pregunta Borges; y se contesta: Toda la cultura de occidente. Reyes ha hecho de parecida pregunta uno de los ejes de su meditación sobre Méjico y sobre Hispanoamérica. "El hecho de... haber sido una orbe colonial y de haber nacido a la autonomía al tiempo mismo en que ya se ponía el sol en los dominios de la lengua ibérica, nos ha adiestrado en la operación de asomarnos a otras lenguas, a otras tradiciones, a otras ventanas" (*Ultima Tule*, Méjico 1942). Y su propia obra de escritor es ejemplo de cómo un espíritu profundamente mejicano se desarrolla y enriquece acogiendo en sí los más variados estímulos de la literatura universal.

El 28 de noviembre de 1955 cumplirá don Alfonso medio siglo de plena vida literaria. En ese día de 1905, un diario de su nativo Monterrey publicó en efecto, tres sonetos con su firma. Antes, el precoz periodista sólo había dado a la prensa una que otra página anónima. Y muy pronto lo vemos resueltamente entregado a la tarea del estudioso, el escritor y el maestro, y ligado —como Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, todos mayores que él— a la noble empresa de renovación y hasta revolución cultural llevada a cabo por la que fue primero Sociedad de Conferencias y después Ateneo de México. Los versos de Rubén presiden el despertar literario de ese Méjico nuevo, mientras la prosa de Rodó

empuja al inquieto grupo de jóvenes a mirar fraternalmente el conjunto de la América española como una viva unidad de tradición y de ideal. Letras mejicanas, letras hispanas, letras universales, y señaladamente las de Grecia. Alfonso Reyes se complace en recordar (*Pasado inmediato*, Méjico, 1941) las palabras con que Henríquez Ureña ha evocado el fervor de aquellos momentos: "Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos, a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia".

Tarea premiosa, la revisión de la literatura nacional. De las seis *Conferencias del Ateneo de la Juventud* publicadas en 1910, cuatro se dedican al estudio de autores mejicanos. Alfonso Reyes exalta en la suya, con juvenil entusiasmo, los versos de Manuel José Othón. Poco después publicará su amplia y bien pensada disertación sobre *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX* (Méjico, 1911). Lo mejicano siempre y, a su alrededor, ondas y más y más vastas de lecturas y reflexiones. Todo junto, desde los comienzos de su carrera de escritor, y todo en iluminación recíproca. Así se nos aparecerá Reyes en aquéllas sus tempranas *Cuestiones estéticas* (París, 1911), donde tan claro se esboza ya el sesgo de su pensamiento y de su fantasía. Cuando sus deberes de diplomático lo llevan a Francia, España, Brasil y Argentina, don Alfonso será el grande e infatigable Embajador de lo mejicano, de lo mejicano más duradero e incitante. Al cabo de los años habrá logrado presentar así, para el público culto de Europa y América, una importante galería: desde Alarcón y sor Juana hasta fray Servando, Justo Sierra, Nervo, Urbina, González Martínez, y habrá agrupado en perspectivas luminosas éstos y muchos otros escritores de su patria,

ya como desfile de personalidades señeras, ya engranándolos en sus cenáculos y revistas y en sus más finos enlaces con la cultura toda del país. Y habrá desplegado inteligentemente ante los ojos del lector de todas partes los concretos problemas del quehacer literario en Méjico, comprendiéndolos no sólo con pericia de profesional, sino como mejicano a quien nada de lo que toque a Méjico puede ser extraño. En obras como *L'évolution du Mexique* (París, 1923), *Simple remarques sur le Mexique* (París 1926), *Tránsito de Amado Nervo* (Santiago de Chile, 1937), *Letras de la Nueva España* (Méjico, 1948), *La X en la frente* (Méjico, 1952) y el ya citado *Pasado inmediato*, quedan expuestos algunos de esos brillantes panoramas. Por lo demás, rápidos bocetos y vislumbres nos salen al paso, inesperadamente, en multitud de artículos de Alfonso Reyes, por él recogidos en volúmenes de "varia lección".

Si su Méjico está unido al conjunto de la América hispana, esa América lo está al mundo entero. A España, por lo pronto; pero no sólo a ella. La obra de Reyes nos exhorta incesantemente a "abrir los vasos comunicantes" (*Tentativas y orientaciones*, México, 1944), en procura del más amplio y bienhechor contacto humano. El autor de *The Position of America*, ese bello volumen de ensayos que tradujo al inglés Harriet de Onís (New York, 1950), conoce como pocos el alma de nuestros pueblos —y claro que no olvida entre ellos al Brasil— a través de vívidas experiencias personales; figuras como las de Alberdi y Montalvo, Silva y Darío, Isaacs y Graça Aranha, Rodó y Blanco Fombona, Lugones y Güiraldes, los Henríquez Ureña y los García Calderón, Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou, Supervielle y Borges, Brull y Florit, aparecen continuamente en su obra. Pero le fascina además el espectáculo del Nuevo Mundo reflejado en ilustres espíritus europeos: Montaigne, Rousseau, Goethe, o aquel Paul Valéry que en su *Ultima Tule* nos retrata con los ojos ansiosamente vueltos hacia estas tierras de esperanza, donde lo más valioso de la civilización, amenazado en su propio hogar, busca sobrevivir y remozarse. Y Alfonso Reyes, que en sus libros, su conversación y su acción es un incansable

explorador y revelador de América, se complace en celebrar la atracción que nuestro continente ejerce sobre un Valle-Inclán, un Valéry Larbaud, un Waldo Frank, o, cuando se trata de ciertos apresurados descubridores, en descubrirlos a su vez con ironía o con no disimulada burla.

Para este fraternal compañero de cuantos se acercan con cariño a lo hispánico, Waldo Frank no es sólo el amigo de la América española; es también el del elogio de la "España virgen". Ni pierde don Alfonso ocasión de referirse con agradecida alabanza a Prescott y a Washington Irving, a Havelock Ellis y a Jean Cassou: grande y noble familia de hispanófilos. Años decisivos para Reyes son, en fin, los que él mismo ha vivido en suelo español. Allí lo vemos enlazado al mejor periodismo y, por otra parte, a aquel glorioso Centro de Estudios Históricos que en Madrid dirigía don Ramón Menéndez Pidal, y a la *Revista de Filología Española* publicada por el mismo Centro. Allí prepara los textos, prólogos y notas de sus ediciones de clásicos. Allí colabora con Raymond Foulché-Delbosc en esas *Obras poéticas de don Luis de Góngora* (3 vols., New York, 1921) en cuyo prefacio el maestro francés habla del joven mejicano como del "primer gongorista de las nuevas generaciones". Hervor de investigación laboriosa y placentera cuyos resultados se derramarán en periódicos y en revistas científicas: estudios sobre el *Cantar de Mio Cid*, el Arcipreste, Cervantes, Lope, Góngora —figura dilecta entre todas—, Quevedo, Calderón, Gracián... De ahí nacerán sus sabias *Cuestiones gongorinas* (Madrid, 1927), sus *Capítulos de literatura española* (Méjico, 1939-1945) y otros libros en que la antigua materia se reordena con miras a un público más amplio (*Cuatro ingenios*, Méjico-Buenos Aires, 1950; *Trazos de historia literaria* con igual pie de imprenta).

"... No nos confinamos dentro de la Francia moderna". Pero esas palabras de Henríquez Ureña nos están diciendo hasta qué punto la literatura francesa era alimento habitual de aquella Sociedad de Conferencias y aquel Ateneo de México. De entonces a

hoy, nadie más fiel que Alfonso Reyes a esa devoción. En sus *Cuestiones estéticas*, el flamante escritor, familiarizado desde niño con la lengua francesa, ya se nos aparece reveladoramente atraído por Mallarmé. Nunca abandonará ese culto —verso y prosa—, y a él dedicará uno de sus libros de más bella y suelta erudición: *Mallarmé entre nosotros* (Buenos Aires, 1938). De año en año lo veremos moverse con creciente agilidad por la literatura y el pensamiento francés de todos los tiempos. No sólo le interesarán, entre los autores consagrados, los apologistas del "bon sauvage", ni, entre los de hoy, los hispanistas y americanistas. Relee, pluma en mano, sus clásicos y sus modernos; salta de los unos a los otros; nos muestra de pronto, con una sonrisa, que tal o cual moderno —Henri Massis— no ha entendido cabalmente a tal o cual clásico —Pascal—: red en que se entrecruzan y combinan mil observaciones sobre poetas, moralistas, políticos eruditos (la novela no deja huella muy profunda en estos comentarios). De una página a otra, en chispeante conversación, oímos a Alfonso Reyes variar magistralmente de tono, resumir siglos en un epigrama o puntualizar detalles con científica minuciosidad.

Por su primer libro desfilaban también Walter Pater, Oscar Wilde y George Bernard Shaw. Con los años, Alfonso Reyes traducirá a Lawrence Sterne, a Robert Louis Stevenson y, con especial consagración, a G. K. Chesterton. A todos ellos se refiere en sus glosas continuas e inquietas, así como a Hobbes, Thomas Browne, Swift y Samuel Johnson, a Jane Austen y Meredith, a Browning y William Morris, a Oliver Wendell Holmes y a los dos James de Nueva Inglaterra, a Belloc, a Joyce, a los Huxley. El Reyes teórico de historia frecuente, por supuesto, a Toynbee, y no sólo para coincidir con él. Y el amante de la antigüedad clásica vierte al inglés a C. M. Browne y a Gilbert Murray. Porque lo mejor de las modernas culturas se asocia en él íntimamente con la sabiduría y la belleza antiguas. No es causalidad que H. B. Trend, para rematar su panorama de *The Language and History of Spain* (London, 1953), esco-

giera un fragmento de *The Ebb Tide* de Stevenson, traducido por Alfonso Reyes, ni que ese fragmento correspondiera a un vehemente elogio de los libros clásicos incorporados para siempre a lo más hondo de nuestra vida.

A tan variado mapa, agréguese el Portugal de Queiroz, y la Italia de D'Annunzio y de Croce, y la Alemania de Nietzsche y de Goethe, ese Goethe cuyo pensamiento ha evocado Alfonso Reyes tan a menudo y cuya biografía espiritual acaba de dibujar con rara perfección (*Trayectoria de Goethe*, México, 1945). Aún habría que añadir otras tierras exóticas. No vamos a detenernos en ellas. Bástenos señalar cómo todas apuntan, en la obra de Reyes, hacia el aquí y el ahora del escritor, en vivo diálogo con el lector. ¡Y qué decir de las literaturas antiguas! No es sólo al personaje de *The Ebb Tide* a quien hablan las "suertes virgilianas" con palabras eternas. El mismo don Alfonso acude a los versos de la *Eneida* para contemplar la historia americana a la luz de conmovedoras aproximaciones: la conquista de Méjico, prefigurada en la del Lacio, Hernán Cortés en Eneas, Moctezuma en el Rey Latino, y hasta el águila y la serpiente aztecas en las del libro XI de la *Eneida* "Utque uolans alte raptum cum fulua draconem fert aquila..."), con ingeniosa referencia a la *Iliada*, XII, 200 ss., al *Ión* de Platón y a *Los Caballeros* de Aristófanes.

Si el Stevenson de Alfonso Reyes lleva hacia la Roma virgiliana, su Goethe y su Nietzsche señalan a Grecia: a la de Platón, a la de los trágicos, a la de Homero. "Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión", recordaba Henríquez Ureña. Pasión de siempre, aclarará don Alfonso. "Era yo niño aún... cuando, borrada y diáfana... Casandra vino a mi..." *Homero en Cuernavaca*, (Méjico, 1952). Grecia imprime en su obra rastros variados y frecuentísimos. En los últimos lustros, la meditación de los temas helénicos se hará aún más asidua, y lo incitará a nuevas empresas. Así habrá de nacer su gran libro sistemático sobre *La crítica en la edad ateniense* (Méjico, 1941), de cuyo mismo impulso de exploración, llevado

esta vez hacia las doctrinas literarias de Roma, brotará "*La antigua retórica*", (Méjico, 1942) y buena parte de sus conferencias y ensayos sobre la vida y el pensamiento de Grecia. Y la vena del helenista y la del poeta confluirán, finalmente, en un proyecto decisivo: la traducción de la *Iliada* en muy modernos alejandrinos aconsonantados. No se trata meramente de un sueño ambicioso. El primer volumen, espléndido, ha aparecido ya (Méjico, 1951) y don Alfonso avanza a buen paso por el segundo.

Méjico, pues, y mucho más. Sin embargo, rótulos como "internacionalismo" o "cosmopolitismo" expresarían torpemente, por sí solos, la rara movilidad de espíritu de Alfonso Reyes. Los diversos planos de su obra ilustran, cada uno a su manera, la rapidez de síntesis en que se ejercita continuamente este apasionado hombre de letras. A ejemplos tomados de todas las literaturas y de todas las épocas acude en ese grupo de trabajos teóricos en que el escritor se concentra —como volviendo la mirada hacia el núcleo más íntimo de su propia actividad— en el examen del fenómeno literario mismo: *La experiencia literaria* (Buenos Aires, 1942), *El deslinde* (Méjico, 1944), *Tres puntos de exégetica literaria* (Méjico, 1945). Los elementos a primera vista más dispares, lo superficial y lo profundo, lo presente y lo remoto, tanto en la geografía como en la historia, se asocian en originales acordes a lo largo de sus reflexiones sobre formas concretas de cultura; nada más lícito, para Alfonso Reyes, que esos acercamientos: "Comparar no es un error. Sólo confundir es un dislate" (*En torno al estudio de la religión griega*, México, 1951). En fin, parecidos enlaces, unas veces cargados de travesura, otras de subida emoción, relampaguean aquí y allí en sus poéticos ensayos, en sus narraciones y, claro está, en sus versos. Infatigable y ahincado "comparatismo", es verdad; pero no el de un profesional de la información al día, sino el de un espíritu en permanente ebullición creadora, en que hasta las *ideas* sobre la literatura están, ante todo, al servicio de la invención literaria. Y es asombrosa la variedad de los materiales que se funden en su crisol y reciben la estampa de esa inteligencia vibrátil. Inteligencia per-

sonalísima, y a la vez muy mejicana, hispana y universal, que "prend son bien ou elle le trouve" y que fatalmente lo transforma y asimila. La sustanciosa médula de cuantos libros —innumerales— llegan al laboratorio secreto de Alfonso Reyes está destinada a florecer en páginas de prosa y verso igualmente inconfundibles, igualmente mejicanas, hispánicas y universales.

Raimundo LIDA.

Papel Literario *El Nacional*,

Caracas, Venezuela.

Diciembre 1º de 1955.

ALFONSO REYES

La X en la Frente.

Una suave maestría de belleza y bondad, vertida en años por sobre estas tierras de América y sobre el mundo, hace de Alfonso Reyes una figura excepcional de la cultura humana, construída a base de íntegra dación de su curiosidad sin límites, servida por una de las más buídas inteligencias a las que nos haya sido dable asistir a los contemporáneos. Porque la inteligencia de un hombre como Reyes es un espectáculo extraordinario, un acontecer histórico que puede ser presenciado, contemplado, desde cerca o desde lejos, por las gentes ávidas de hechos y de cosas.

La estampa de su México, del cual Alfonso lleva "la X en la frente", parece reñir con obra y hombre Alfonso Reyes. He dicho la estampa. Cactus, espinas, bandidos de camino real —"los bandidos de Río Frío"— doble pistola, amoríos, muertecitas azucaradas de dos de noviembre, "si me han de matar mañana que me maten de una vez", jinetes caracoleantes que raptan "chaparritas" a la grupa de un alazán, sombrero jarano, generales que "tiran a dar", sargentada y torería...

Pero, frente a esa estampa, que es preciso limpiar y lustrar para evitar desacaminamientos, está la estampa pura: la de la "Suave Patria" de ese otro grande del espíritu y la sensibilidad, Ramón López Velarde, parigual de Alfonso Reyes; y está la estampa del "lugar más transparente del aire", del propio Alfonso Reyes, que emplea cabalmente con espíritu y estilo del autor de "Simpatías y Diferencias", cosa clara de nombre claro.

Y entonces, ya no es Alfonso Reyes un producto extraño al medio, teñido con el medio mexicano, sino una de las más esclarecidas formas de expresión que tiene esa gente mexicana —historia y geografía— que es como toda la gente de estas tierras, "llevada por